

ESCRIBE: Carlos Real de Azúa

(Continuación del número anterior)

El poeta, sin embargo, es claro. Como poeta, como orador, es pro-sista las excelencias de Roxlo fueron demasiado esporádicas, los vicios demasiado reiterados. De esos todos los característicos de una época tan empachada y caudalosa como la suya. Siempre funciona la dispensa del "medio" o del "momento", pero no Rodó, ni Reyes, ni Barret, ni Vaz Ferreira escribían así y no es culpa de nadie sino de él mismo que Roxlo no está junto a ellos y sí caiga con casi toda su carga en el lote de los olvidables.

No creo, empero; no creo tras lo dicho, que la figura de Roxlo pierda enteramente su interés y pienso en particular que una conclusión contraria en exceso radical debe imputarse más que nada a una verdadera mala política nacional en criterios de sobrevivencia.

Esta mala política, esta mala costumbre es bastante simple. Apenas llega un centenario, un cincuentenario, un sesquicentenario (las fechas fijas son las más proclives a eso) se emprende el tema de la "vigencia" o de la "actualidad" de un personaje. ¡Cuántas "vigencias de Ariel", cuántas "actualidades de Zorrilla" no se han escrito los últimos años? Supongamos que Rodó, o Zorrilla, u otros la tengan. Pero aún en el caso de que esto ocurra, considero que esta obsesión por el justiprecio actual de un nombre soslaya un enfoque más regular y más fértil, olvida que una personalidad pueda ser valorada —y ser valiosa— sin que conserve ninguna cotización presente y aun en este caso merezca su "centenario", por el simple y modesto hecho de haberse trasfundido —ella, sus obras, sus empeños— en el curso ya hecho historia de la comunidad a que perteneció, en el de los haceres, en el de las empresas a las que hubo de aplicarse.

En el caso de los escritores —lo admito— se dirá que su perduración real importa, no esa transfusión, esa inclusión en una serie que llega hasta nosotros sino existir, y existir real, actual, singularmente, para las generaciones que vienen detrás. Roxlo —vuelvo a él— lo era, y no creo que exista de este modo. Pero puede ocurrir también que aquellos que fueron escritores sean capaces de importar hoy como otra cosa y aquel primer vivir soterrado, trasfundido en un pasado basta entonces para hacerlos interesantes, vivos, vigentes. Y este también me parece ser el caso suyo. No el Roxlo escritor sino el Roxlo político, político blanco.

☆ En la batalla dudosa

Al incorporarse a la vida cívica del país, Roxlo se hizo blanco con una de aquellas decisiones cuyo carácter total, irrevocable, único hoy nos costaría bastante recrear, imaginar. Más que adscribirse a una "ideología", me parece, se insertaba emocionalmente en una "comunidad". Pero en esto las apariencias pueden ser engañosas. Al cambiar su nombre en 1872, el Partido Blanco, y hacerse "Nacional", al remozar su doctrina, su pugna frente al dominio colorado tuvo probablemente el sentido más claro que ha tenido a lo largo de todo su curso. Los reclamos formales siempre eran los mismos: honestidad administrativa y libertad cívica y electoral; un Estado que funcionara bien y vías pacíficas para que la masa política que fue probablemente mayoritaria durante todo el siglo pudiera ganar las posiciones que en la lógica democrática



te correspondían. Las denuncias blancas eran también por ese tiempo las mismas y resultaban estrictamente simétricas a los reclamos; voceaban la corrupción administrativa, el marasmo económico del país, la imposición desembosada de la fuerza gobernante. Los elogios que los hombres de un partido se hacen a sí mismos no son, como es natural, concluyentes, pero pueden ser señas muy valiosas de su querer profundo y hay en la oratoria y el periodismo de los primeros tiempos de Roxlo (más tarde se reiterarán en Herrera) términos que retornan obsesivamente. Con aquella retórica a pluralizar los términos abstractos que tendrá su expresión máxima en Irigoyen, proclamaban los hombres del nacionalismo que su partido era el de todas las rebeldías y todos los desintereses, el de todas las alivances y todas las honestidades. Se definían, en sustancia, como gentes que resistían las imposiciones del poder, que no se aprovechaban de él, que protestaban de que otros lo hicieran. El término de "nacional" se encierra justamente aquí y vierte dentro del contexto de la época lo que se quería y lo que se denunciaba: un Gobierno y un Estado para el país todo, frente al exclusivismo burocrático-doctoral y militar del coloradismo; un Gobierno y un Estado para el campo y "no sólo" para la ciudad; para los modos de vida "típicos" y "no sólo" para los modos de vida europeos; un Gobierno y un Estado para el partido derrocado por la intervención extranjera y "no sólo" para el partido entronizado por ella; una Administración para todo el país y "no sólo" para beneficio de los administradores.

Que se pretendiera "más" que eso me parece difícil sostenerlo, si se tiene en cuenta que el común denominador ideológico era un liberalismo sin retenciones y que la tradición federal (con todos sus ingredientes extraños a él) había perdido toda potencia normativa y sólo se mantenía como difuso resabio emocional. Blancos o "nacionalistas" y colorados aparecen, más allá de esta latente fisura, unificados en aceptar como definitiva la condición del país, las líneas técnicas y sociales de su modernización, su adscripción a la economía europea, su acatamiento a la ceñida lógica de mayorías y minorías.

Si reseño con algún cuidado esa situación no es sólo porque creo que es el punto de partida para comprender toda la ulterior evolución del Partido Nacional sino porque también es desde ella que se comprende en nombre de qué valores hombres como Roxlo acudieron al esfuerzo biparti-

Un Bosquejo de

dista del Quebracho (1886) y militaron once años después en la dura guerra civil que convirtió en figura nacional a Aparicio Saravia. (1)

Con posterioridad al Pacto de la Cruz que cierra la Revolución del 97 la carrera política de Roxlo se organizó como una de las tantas carreras que nacían bajo el signo de una coparticipación cuidadosamente estatuída pero que, sobre todo, debían moverse en el riesgoso y agotador juego de posiciones que les impusieron las constantes divisiones blancas, las tensiones entre el Caudillo y los diversos Directorios, las de éstos y la masa partidaria, las disidencias, las tendencias filobatllistas, las facciones de la paz y de la guerra.

Si se recorren sus páginas de "Uruguay en 1904" se comprende bastante bien porque Roxlo (y tantos hombres como él) formaron en la segunda revolución saravista. Que Batlle quisiera terminar con el sistema de coparticipación que dividía el país en feudos departamentales y rehacer una acción gubernativa única parece hoy claro de duda pero también resultaba claro por aquellos años. En lo que la visión es distinta es en lo atinente a los móviles. En 1903 se veía en las actitudes de Batlle posterior a su elección —y es más que comprensible— la decisión de volver a los "unicatos" presidenciales, a la parodia repudiada de toda manifestación opositora; a los períodos, a los tiempos en suma, de Flores, de Lorenzo Batlle, de Santos, de Herrera y Obes o de Borda. Que Batlle quisiera otra cosa y su móvil auténtico fuera la modernización del país por medio de una unificada acción monopartidista que para él era la única capaz de asegurar la coherencia y el empuje de la dirección gubernativa era una eventualidad más difícil de ver de cerca así como su acatamiento a las reglas del régimen representativo que no es desmentible por algún episodio de "influencia directriz" o de amenazas castrenses.

Este plan, que para la coonestación ideológica liberal hacía "innecesarias" las guerras civiles lo comprendieron, o por lo menos es probable, los disidentes nacionalistas de 1903. No lo entendió en cambio, sin duda, la masa nacionalista ni los dirigentes civiles, ni ayudó ciertamente a hacerlo el estio político personal de Batlle ni la composición de los cuadros de su partido. Sobre Batlle, y cerrada hoy la etapa de las apoloías, falta entre otras cosas un buen estudio caracterológico pero no es aventurado sostener que al margen de cierta efectiva grandeza personal, no eran su fuerte los amplios gestos de reconciliación y generosidad y que, por lo menos hacia esos tiempos, le sobraba cierto encono, pequeño, áspero, en el trato con sus adversarios. El viejo equipo colorado, que se hace "batllista" después de 1900 y que todavía daba el tono era ducho en las artes de "la imposición": no era suspicacia excesiva no confiar nada de sus hechos. Y aun soslayadas estas circunstancias: había que saltar del viejo "status" al nuevo plan y es natural que los que tan dolorosamente habían sufrido el primero no creyeran en la sinceridad del móvil con el que quiso arrebatárseles las conquistas recién adquiridas.

Si se tiene en cuenta esta situación resulta incluso bastante asombroso con qué rapidez fueron ganados por nuevas convicciones los hombres que habían combatido en las dos últimas guerras civiles y que formaron entre 1905 y 1910 (Roxlo, Herrera, Martín Martínez, Vasquez Acevedo, Lussich, Aureliano Rodríguez Larreta) el llamado grupo "conservador", que defendía las formas legales de lucha frente al otro "radical" que tuvo su figura en Martín Aguirre, nostálgico todavía de los medios violentos de acceder al Poder. En este momento, en que se configura el Partido Nacional tal como fue por lo menos hasta 1931, es donde la personalidad de Roxlo, entre sus muchos quehaceres, cobra su más exacta justificación. Se ha visto en el autor de "Andre-

sillo" un precursor de la línea popular y aún "obrerista" dentro del Nacionalismo, iniciando un tipo político que habrían de encarnar después Carnelli, Andreoli, Fernández Craspo (en cierto momento), entre algunos más.

Con su más concisivo y patetista la misma palabra "obrerista" suena hoy a arcaica pero consustanciarse con ella no debe haber sido conservador y, sobre todo, hacia la primera década del siglo. A Roxlo le ayudó sin duda el no ser rico y el ser un romántico más cabal o más demorado que otros, lo que no podía dejar de franquearle cierta constancia corriente de compasión —un sí es no es lacrimosa— por el débil y por el infortunado. Si se piensa también que sus gestos obreristas los adoptó Roxlo en compañía de un hombre de tan certero olfato político como fue Herrera, tampoco debe descartarse la maniobra táctica elemental de arrebatarse una bandera que empezaba a temblar el adversario.

Los proyectos laborales de Roxlo presentados en 1905 (23 de febrero y 22 de junio) y 1907 (9 de marzo) han provocado ciertas polémicas. La apoloética nacionalista los ha lanzado a la cabeza del Batllismo, que reclama la paternidad de las primeras medidas en el Mensaje presidencial de Batlle del 21 de diciembre de 1905 y el Batllismo ha replicado que el proyecto Herrera-Roxlo establecía una jornada laboral de once horas lo que sin ser excesivo para la época no era ciertamente generoso. Aún si todo fueran horas de trabajo (que no lo es) el debate resulta relativamente estéril y estos proyectos interesan más que nada como sintoma. Que eran coherentes y que, a diferencia de las leyes que el Batllismo hizo aprobar, formaban un verdadero cuerpo orgánico, un pequeño Código del Trabajo, es indiscutible. También parece seguro que contemplaban más puntos que los que Batlle cumplió. Roxlo y Herrera no fueron, por ejemplo, culpables de esa inversión que el derecho laboral uruguayo registra (y que tantas veces se ha observado) al iniciarse con medidas de protección indiscriminada y sólo mucho más tarde legislar para los más débiles: niños (desde el Código del 34) y mujeres (sólo desde 1918 y con la muy insignificante "Ley de la silla"). Los proyectos estatúan a ambas, aunque también es cierto que en el citado mensaje de Batlle se proponían surtanciales rebajas de la jornada de trabajo de los niños y se protegía el período grávido de la mujer. También es cierto que las primeras coherentes medidas sobre contrato de trabajo —otro capítulo de los proyectos Herrera-Roxlo— se votaron en 1944; que de los conventos colectivos —que también proponían— poco se ha establecido hasta hoy y que de los otros capítulos de su pequeño código ya formaba parte el derecho de huelga, (que recién se reconoció formalmente en la Constitución de 1934), el descanso semanal obligatorio, (que recién se votó en 1920), la indemnización

Estudiantes de Magisterio

el dibujo en el liceo

complementa y abunda temas tratados en "La Exposición Plástica Infantil" (agotado) de Dumas Oroña. Es un aporte moderno a la metodología de la materia. 80 páginas con más de 100 ilustraciones en blanco y negro y a todo color.

Distribuye AS RINCON 337 - Tel 9 67 9



GALERIA AMERICANA S.R.L.

arte decoración antigüedades

OBRAS de PINTORES NACIONALES

FIGARI
BARRADAS
TORRES GARCIA
DE SIMONE

CÓNEO
MARTIN
BARCALA
GAMARRA

GALERIA AMERICANA S. R. L.

SAN JOSE 1968

MARCHA

Nacionalismo

por accidentes de trabajo (que sólo se aprobó en 1914) y muchas medidas sobre higiene y seguridad industrial (que sólo se estatuyeron años más tarde). Si la jornada de once horas que Herrera y Roxlo proponían, hoy parece elevada hay que recordar que las ocho horas recién se votaron nueve años después de proponerlas Batlle y no obstante las habituales mayorías con que éste había contado y que, si a la legislación comparada recurrimos, Bélgica recién aprobaba las nueve horas en 1919 y las ocho recién se establecieron en muchos muchos países industriales europeos al concluir la primera Guerra Mundial. Si a todo este rol de fechas, proyectos y prioridades tratamos de extraerle un significado hay unas cuantas conclusiones sin embargo, cuya verdad se impone. Al proponer medidas de protección obrera que incrementaban los costos del naciente proceso de industrialización, y es una, el nacionalismo no tocaba nada sustancial de los intereses económicos de sus clases adineradas, que lo eran tal por la propiedad de la tierra y si bien es cierto que el Batllismo las adoptó poco después y pese a su definido carácter industrializador, lo hizo complementándolas con un aparato aduanal proteccionista que contrarrestó los efectos que a sus rivales parecían serle indiferentes. Reclamar tales leyes desde la oposición, se dirá también, sin que haya en el partido en que se milita un gran sector laboral vitalmente interesado en ellas es cosa muy distinta a hacerlo desde el poder, con la facultad y la obligación de cumplirlas y con una masa obrera (como la que el batllismo recién estaba ganándose al anarquismo) que observa y presiona y ha de juzgar electoralmente en la ocasión más inmediata.

Creo, con todo, que aun marcando estos matices los proyectos de Herrera y Roxlo son un índice muy cierto que milita contra un aprovechador simplismo histórico. Creo que ellos, como tantos otros ejemplos que podrían elegirse demuestran que la pretensión de monopolizar el proceso de modernización del país (que la historiografía batllista promueve) es ilegítima. Creo que demuestra que este proceso de modernización fue el resultado de una colaboración muy intensa de las dos banderías y aunque no es posible extenderse en la causa de ello es bueno recordar el carácter pluriclasista de nuestros partidos políticos, la ubicación de sus intereses en diversas zonas geográficas, la muy relativa cuantía de lo que una medida estatal podía comprometer y el poderoso impacto, al fin, de toda una corriente ideológica que impregnaba sin cesar a los sectores más jóvenes, más "idealistas" de los dos grandes colores tradicionales.

Que este aspecto de Roxlo, que es al fin y al cabo quien nos importa ahora era visto ya hacia su tiempo como importante, puede probarlo muy bien el discurso de Leonel Aguirre en su entierro: ya se sentía hace un tercio de siglo la necesidad de un "nacionalismo popular" aunque en ese entonces no tuviera otro objeto que el de enfrentar a Carnelli.

Supongamos entonces que ser "obrero" es ser "popular": visto en perspectiva ¿qué sentido tiene el "nacionalismo" de Roxlo?

☆ Un nacionalismo romántico

Debe señalarse para comenzar que el hecho de que los intelectuales blancos cultivasen cierta forma de "nacionalismo" resulta una consecuencia ineluctable de que esta palabra sea una derivación de aquella otra, "nacional", que a su partido adjetivaba. Es una consecuencia demasiado tenue; una consecuencia que el cipayismo de escasas décadas después demostraría que poco pesaba. Más importante resultaba que las bases más firmes del Partido, el escenario de sus esfuerzos militares, las tribunas de su oratoria más comunicativa, los incentivos emocionales que ésta tenía el poder de convocar pertenecieron al ámbito rural. Y si la constatación de

éste con algo estrictamente "nacional" es palabra mayor que nuestros avatares históricos enjuician, no es discutible su identificación con lo "típico" más inmediato, con lo más modestamente "autóctono".

Con Roxlo se agregan a todo esto algunos factores más. Son algunos factores que hoy resultan importantes porque varios de ellos se insertan en las que pueden considerarse las urgencias ideológicas más vivas de nuestros días.

Roxlo, por una parte, era un romántico tenaz y cabal como pocos y es difícilmente concebible un romanticismo que no tenga su sinónimo político en algún tipo de nacionalismo casi siempre histórico, casi siempre emocional, casi siempre nostálgico. Puede contestarse que esto no sería un rasgo específico suyo y que con todos los uruguayos cultos desde medio siglo antes tendría que haber ocurrido lo mismo. Que esto en parte es cierto no tiene sentido negarlo y se confirma muy bien con el ejemplo (por caso) de Acevedo Díaz, cuyo nacionalismo bien puede agotarse en las dos acepciones ya enumeradas. Sin embargo, al recibir Roxlo un romanticismo epilógico, ya casi vencido, se posibilitó que operara con especial fuerza en él la pluralidad latente de consecuencias que hay en todo estilo estético. Políticamente, el romanticismo es el nacionalismo más liberalismo, pero el liberalismo ya estaba perfilado doctrinariamente y todo lo había impregnado: no es casual entonces que Roxlo haya subrayado con especial fuerza una dirección que especiales circunstancias íntimas e históricas le hicieron vivir más intensamente.

En lo que a la persona toca, Roxlo —se ha señalado con fineza— "eligió" su patria, puesto que bien pudo realizar su vida en España, donde se formó, y este "elegir" la patria creo que cargó a su radicación con una gravedad entitativa, con un fervor cordial que no es equitativo olvidar. En todo el apasionado nacionalismo de Roxlo hay algo de tenso y deliberado. En todo su nacionalismo hay una cierta forma de ver desde fuera la colectividad en que se participa y a este respecto puede tener un acentuado valor indiciario la anécdota que contaba no hace mucho Muñoz Zeballos y en la que Roxlo recorría el campamento revolucionario de 1897 y reclamaba su petisa torquilla preguntando con el más puro acento peninsular: "¿Habéis visto mi jaca torca?".

De la modernización nacional, por otra parte, de la obra que el Batllismo cumple entre 1903 y 1933 pueden pensarse muchas cosas. Pero parece difícil discutir que salvo el Colegiado (cuya teorización tuvo —al margen del remoto e inepto "ejemplo suizo"— su raíz en la dolorosa experiencia del pasado uruguayo) todas las otras medidas (en realidad: más que las medidas mismas, su aparato justificativo) adoptaron un carácter tan europeo, tan extranjero, tan "utópico", como lo había tenido la incidencia de todos los "ismos" ideológicos que sobre el país habían operado. Quiero subrayar que yace más allá de esto la significación de aquel crear "la utopía en bandeja" (para usar la feliz expresión de Despouey), en la doble periferia de Iberoamérica y de Europa y en la ignorancia de las condiciones específicas que provocaban la inserción en una zona de subdesarrollo y la falsificación de todas las estructuras económicas que había suscitado la balcanización del Río de la Plata. Hay que completar este cuadro, frente al cual se movió el Roxlo de los últimos veinte años, con la preocupación obsesiva por el regular una sociedad urbana, con el desprecio del rico valor nutritivo de las formas de vida que en el área campesina subsistían y una política económica, social y fiscal (con las boberías georgistas mediantes) que parecía calculada para enquistarse en un carril desde el cual, al mismo tiempo que se frenaba el desarrollo productivo de nuestras industrias básicas no se rozaba un pelo de la jerarquización social del agro ni las formas latifundistas de propiedad de la tierra.

Podría alegarse que los nacionalistas del tipo de Roxlo no disentían radicalmente de este bosquejo, con los matices probables de que algunos pidieron para el campo bastante más que el que no se re revolucionara, casi todos valoraron mejor que el Batllismo nuestras formas de vida tradicionales y casi ninguno tuvo la aguda pupila que tuvo Batlle para enfrentar nuestra dependencia al imperialismo inglés.

Es de otro desafío, me parece, que el nacionalismo de Roxlo se alimenta. Hoy sabemos que el Batllismo fue esencialmente un movimiento nacional, industrializador y de clase media, alimentado por la ideología democrática radical que impregnó a la pequeña burguesía francesa de 1900. Pero en aquellos tiempos y a través de la famosa "Biblioteca Sempere", de los núcleos anarquistas que Batlle —como tan bien lo ha señalado Carlos Rama— unció a su carro político y de las propias doctrinas y palabras de aquél, toda una parafernalia internacionalista y extremosa hacían sospechar —para aquellos que a las exterioridades se atuvieran —que el preludio del Apocalipsis estaba corriendo.

Aventura que es contra esta suscitación que el nacionalismo de Roxlo termina por bosquejarse y todas sus características, si a esto se suma el recuerdo de lo anterior, se hacen así explicables. Fue un nacionalismo emocional, de estricto apego a las realidades físicas y humanas del lugar y que llevó en forma excepcionalmente visible la impronta biológica que el romanticismo le imprimió. Literariamente su despliegue se hace tedioso y se expide en constantes enumeraciones zoológicas y botánicas, en recapitulaciones panorámicas, en "los abrazos cordiales" y "las impregnaciones cariñosas" —de que hablaba Falcao— al trébol, al cedrón, al ceibo, al teru-teru, a la guitarra y al camarote, al ombú y a la yerba, al tordo y al zorzal... Más importante que todo esto es señalar que, como el de Herrera en su primer período, esta militancia del poeta se detiene en las fronteras del país, se agota en un delirante apego a la "patria chica". Aunque Roxlo, como todo su partido, saludó como propio el triunfo de Hipólito Irigoyen en 1916, su nacionalismo es explícitamente desdefioso de toda forma de solidaridad iberoamericana y rioplatense a las que identifica, o poco menos, con el "internacionalismo" que rechaza. Salvo alguna retórica artiguista, no creo, por ejemplo, que pueda encontrarse en un texto tan ilustrativo como su largo discurso sobre la Defensa de Montevideo y la Guerra del Paraguay (1907) ningún elemento que permita establecer que para Roxlo algo diferencial entre aquellos hechos y nuestra intervención en ellos y los que hubiera podido configurar la participación uruguaya en una guerra contra Japón, Islandia o Turquía. En realidad Roxlo que se batió allí por la buena causa —y por lo que parece en nuestros días la buena causa— da la impresión constante de "que no sabía porque lo hacía, de que obedecía meramente a reflejos de fidelidad partidaria. Discutir el complot internacional contra Berro y Aguirre, aludir a las intrigas del avieso Mitre o a las insidias de Elizalde como si se tratara de problemas de Derecho Internacional, vilipendiar la Guerra del Paraguay y el arrasamiento de un pueblo (que representaba en su forma más poderosa, cabal y pura la vía autonómica iberoamericana y la resistencia a los imperialismos) con los textos de Fiore o de Bluntschli en la mano fué la constante aberración, el permanente desenfoco con los que Roxlo aparece hermanado en todo el largo debate.

La ignorancia, entonces, de la comunidad del destino iberoamericano, de la verdadera super-nación que hace viables nuestros nacionalismo tuvo que acompañarse también con una ceguera completa para las exigencias defensivas que en el orden político, económico y humano ese nacionalismo podía imponer. Súmese todavía a la cuenta, la pasividad total de este "nacionalista" a la hegemonía de los patrones intelectuales de Europa. Jamás debe haber sospechado Roxlo que toda su vida espiritual se había movido entre moldes ortopédicos, que toda su creación (así hay que llamarla) había tenido que adecuarse a formas culturales importadas e impuestas masiva-

mente. En su libro de propaganda revolucionaria, "Uruguay en 1904", por ejemplo, se hace visible con una fuerza casi cómica hasta qué punto era incapaz Roxlo de narrar y juzgar un hecho de nuestra más quemante actualidad sin acudir —un constante paralelo con frases y episodios de la historia de Francia. Nuestros paisanos y nuestras patriadas discurren allí entre un espeso vaho de Lamartine, de Thiers, de Reclus, de Michelet y de Lavisse y este permanente mecanismo de prestigio autorizante le da un cariz casi fantasmal a aquel rico momento de "alegría peleadora" de que hablara Borges en alguna ocasión. Como muchos hombres de su tiempo, pero más posiblemente que otro alguno, Roxlo parecía tener siempre a mano una frase francesa, un célebre "mot just" para dignificar hasta los más mínimos actos de la vida.

Con tales mancuadras, todo el nacionalismo de Roxlo viene a quedar cifrado así en un respeto casi religioso por el desarrollo autónomo, incondicionado de las comunidades nacionales. Ni más ni menos, y supongo que la posición anti-intervencionista que explotó tanto después Herrera tuvo en él su fuente próxima (si no lejana). Cuando Roxlo afirmó en un debate que cuando se va a un país a derribar un Gobierno, es a ese país que se identifica inevitablemente con aquél, el que se destruye, no sólo enfrentó premonitoriamente las siniestras tarambanerías de la "intervención colectiva". Enunció también, la única verdad práctica de toda su doctrina.

☆ Un liberal a medias

En un verso de "El alma charrúa" gritaba Roxlo [su] sed, [su] ardiente sed de autonomía. Todo su liberalismo y su nacionalismo están en él y es lo cierto que ni su nacionalismo ni su obrerismo le impidieron —ni hubieran podido impedirlo— sentirse liberalísimo, "liberal como el que más", "liberal" (estaban de moda los peros) "aunque respetuoso de la verdad". El liberalismo de Roxlo era un liberalismo-conservador como el liberalismo termina por serlo casi siempre y como incluso empezó siéndolo algunas veces como en el caso de Burke y los "doctrinarios" franceses. Y si es útil precisar esto, es porque la precaria terminología política del Batllismo ha subrayado el segundo término de la filiación ideológica de Roxlo como si este implicara la negación del primero. (2)

Hasta qué punto el liberalismo ambiental pudo no ser adecuado a la textura temperamental de Roxlo, hasta qué punto pudo contribuir a los desequilibrios que lo llevaron a la muerte es cuestión más que difícil, larga. Es observable, sin embargo, que si se lee su muy legible "Jorge Sand" (1925) o su eruditísimo discurso "Frente al divorcio" (1905) se ve que en Roxlo lo que lo llevaría al contacto con Larra; lo que no sólo los aproximaría en el pistoletazo final) corría por una vertiente el desborde emocional y la irrestricción del romanticismo y por otra muy opuesta la convicción intelectual en las exigencias supraindividuales de la disciplina social, del orden sentimental, del sacrificio personal a normas e insituciones, la devoción a las virtudes modestas de la paciencia, la tolerancia, la resistencia. Esos sacrificios, esas disciplinas cuyo reclamo siempre parece reaccionario en cada época cuando no es la Divinimayor" de la hora el que las convoca, y que Roxlo ensalzaba frente a la argumentación romántico-hedonista, individualista del divorcismo de 1905 ayudan a inferir que Roxlo pudo encontrarse más cómodo en el realismo filosófico y político clásico que en la ideología que le tocó respirar. Que esta inferencia pudo haberla hecho él mismo también es probable y es probable también que haya ayudado a ese sentimiento de frustración, de esterilidad, de derrota que escapa por todas sus declaraciones de los últimos años.

(Concluirá en el próximo número.)

(1) Sobre la Revolución del 97 se le atribuye el libro: "La Revolución Oriental. Causas y efectos", por "Un Soldado raso". Buenos Aires, Imprenta Galileo. Según Hugo Mongrelli: "Luis Mongrelli", Vigo, 1958 págs. 7 y 126.

(2) Una versión que en algún lado se documenta refiere que en su juventud en Cataluña Roxlo estuvo incluso condenado a muerte por su participación en una conspiración republicana.